

**PACHAMAMA:  
FÁBULAS A DESTIEMPO**

**Bárbara Ramos**

## CAPÍTULO 1. COSTA RICA

—Ron añejo, del que nadie conoce, cuatro segundos... Unas hojas de menta bien fresca, un chorrito de zumo de limón y hielo bien picado. Como último toque unas gotas de Tabasco.

Así preparaba Álvaro un daiquiri, contando y al detalle. Esa mezcla explosiva, fresca y ácida, junto a la brisa salvaje del océano Pacífico. *Shake it, shake it!*

—¡Aquí tiene su cóctel, *Madame!*

—¡No me llames de usted que tampoco soy tan mayor!

Se rieron un rato, y luego Álvaro siguió en la barra. Aquella mujer rondaba casi los cincuenta, viaje de amigas. Qué bien se lo pasaba la gente en estos lugares paradisíacos.

—¡Alvarito, ponme una Águila bien fría!

—¡Una para ti y otra para mí!

Abrió las cervezas heladas, como le gustaban a él, y se pusieron a hablar del tiempo. Ya llegaba la época de lluvias a Costa Rica. Una época grandiosa y generosa en la que la pachamama ofrendaba agua, nuevos seres y color.

Adoraba esa época, esas tormentas de verano nocturno, esas noches en las que se sentaba en la mesa más tranquila de ese bar de playa y, junto a su cerveza, veía los rayos deslumbrando la playa oscura desde el horizonte marino, y pensaba en ella.

—¿Cuándo vas a cortarte esa barba, español?

—¡El día que me pique mucho!

Llevaba en Montezuma tres meses. Antes de eso, había estado viajando por Chile durante la temporada de esquí, una vez en la vida tenía que deslizarse por esos Andes. Había esquiado desde que tenía cinco años, una de sus pocas pasiones.

Al terminar su viaje por Chile, quiso parar en Costa Rica. Esa parada le podría ayudar a decidir qué hacer. Hacía mucho tiempo que quería aventuras. Ya estaba cansado de la monotonía en la que se enzarzó desde que se convirtió en padre.

Hasta el día en que se subió al avión dirección Santiago De Chile, Álvaro se había dedicado a la abogacía. Era un trabajo que detestaba y al que no quería dedicar ni un minuto más de su vida. Aun sintiéndose así, se había pasado en la oficina más de diez horas al día. Su padre fue un abogado muy importante a nivel nacional y él estaba siguiendo ese camino.

Un salario envidiable, unas facilidades insuperables, coche de empresa y treinta días anuales de vacaciones contra un ambiente hostil, una jerarquía arcaica, un jefe injusto y cruel y una monitorización insaciable que hacían que un espíritu como el de Álvaro se estuviera enfermando día a día. Por ello decidió buscar un sentido, una respuesta antes de dejarse comer por tiburones.

Su primer día en Montezuma le sacó una sonrisa instantánea, solo con bajar la ventanilla del taxi y oler, recordó aquel día. Los dos descubriendo el país, sin reglas, sin miedo.

—Huele a hierba. ¿Te huele a ti también?

—¡Muchísimo! ¿Crees que plantan por aquí a lo salvaje?

—No lo sé.

—¡A mí me encanta cómo huele Costa Rica!

Siempre encontraban los olores en cada lugar que visitaban y los hacían suyos. Reincorporaciones a sus vidas al volver.

Por casualidades de la vida o consecuencia de hechos, la segunda noche en Montezuma, y después de beberse más cervezas de las previstas, siguió una señal en un momento de posible claridad: la de que ahí debía quedarse, al menos de momento. La señal: una luna creciente fina y brillante y una estrella fugaz que pareció hundirse en el mar.

La barra del bar estaba llena de gente, la música reguetón sonaba bien alta. No era nada fan de esa música, pero tenía que reconocer que en esas circunstancias la banda sonora era perfecta. Había un montón de gente bebiendo, hablando y riendo. Turistas borrachos en manada, locales intentando vender a esos turistas la peor calidad posible de hierba y una excelente calidad de cocaína. También alguna que otra chica turista que se dejaba llevar por el ritmo y entusiasmo de no estar en su país —y entonces es cuando se transforman en gatas, en yeguas salvajes danzando y alguna que otra se desboca también—.

Él, siempre mirando. No se perdía detalle de su alrededor. Sobre todo en el tema de ventas de drogas, de trapicheos. Le encantaban las películas de mafia desde siempre. Y esas escenas en la vida cotidiana siempre le habían hecho mirar y no perderse detalle. Imaginar quién es el que vende, quién es el que está puesto y quién quiere pillar.

Recordó cuando se enteró de que Blanca nunca había visto *El padrino*. Ya estaban viviendo juntos y cuando ella le propuso mirarla esa noche y confesó los hechos, él le sugirió que quizá había sido muy mala decisión el irse a vivir juntos. ¡Esa noche vieron la trilogía al completo del tirón! Por tratar de salvar una relación tan temprana.

—¡Hola!

—Hola, ¿qué tal?

—Me invitas a una cerveza y te llevo a mi habitación.

—¿Cómo?

Le pareció una mujer muy atractiva, con una sonrisa grande y pelo rubio y largo. Llevaba un vestido de tirantes blanco que se ceñía a unas curvas resultonas que agradecía mirar. Y un acento americano de película, sin más.

Se quedó sin palabras cuando escuchó su sugerencia. Hacía muchísimos años que no se veía en esa situación. Diez años básicamente con una misma mujer. Se lo había planteado en otras ocasiones, se lo había imaginado y había mirado mucho porno. Pero nunca decidió hacerlo, rompió esquemas. Se negaba a ser como la mayoría de personas a su alrededor que alardeaban de su poligamia. No quería hacerlo así. Se lo debía a él mismo, y en ese momento tuvo que pensar unos segundos antes de responder. Era un novato reeditándose en los juegos del hambre nocturno.

—Yo soy Álvaro, ¿y tú?

—Stephanie. Estoy en Costa Rica con unas amigas, pero ¡me han dejado sola!

Se bebieron la cerveza y se fueron a un hotelucho que estaba muy cerca de la playa.

Estaban los dos muy borrachos y se besaron de camino a la habitación mientras se chocaban con zapatillas y bolsas de playa que había por el pasillo. Esos apartoteles estaban repletos de viajeros sin ataduras a sus equipajes... y en medio del pasillo encontrabas parte de ellos.

Al entrar en la habitación se tiraron en la cama directamente.

—Tengo que ir al baño.

Álvaro tenía que orinar, siempre le pasaba antes del sexo, siempre. Al ir al baño se miró al espejo y a su alrededor. Era un baño muy pequeño y estaba hecho un desastre. Junto al grifo había un neceser medio abierto con el maquillaje desparramado, crema de sol y un cepillo lleno de pelos en el suelo junto a una toalla mojada. Al ver su reflejo se puso nervioso. No por su cara, sino por imaginarse lo que iba a pasar a continuación. Y su estómago se encogió.

Fue a la habitación y ella estaba desnuda.

—¿Estás listo? Porque yo estoy muy lista, *my friend*.

Empezaron a besarse de nuevo y ella comenzó a desnudarlo. Él se estaba poniendo algo nervioso, ella lo notó porque sudaba mucho.

—¿Estás bien?

—Sí, hace mucho tiempo que no hago esto. Un viaje largo.

—No te preocupes, yo te enseño.

Se sentó encima de su regazo y, en un mundo dando vueltas, echaron un polvo. Podría haber sido el polvazo del año si no fuera por dos cosas: la cantidad de cerveza que bebieron a priori (¡daba igual!) y que la mayoría de cosas que Stephanie gritó durante esos minutos, no las entendió. Pero como el sexo penoso que había practicado últimamente había sido con rabia, con pena, sin ganas y sin amor, este podía ser catalogado como el polvo de ese año. ¡Sin dudarlo!

Al acabar, ella se quedó dormida boca abajo. Y Álvaro se vistió y decidió irse. No tenía remordimientos; al fin y al cabo, nunca dijo qué significaba esta separación. Este viaje era para ser libre. Ser libre era dejarse llevar. ¡Por fin!

Volvió de nuevo al bar y se encontró al mismo camarero haciendo un cigarro y mirando al mar. Segundo día en Costa Rica y no sabía dónde acogerse.

—¿Ya volviste?

—Bueno estoy en ello. ¡Gracias por las cervezas! Tengo que volver a mi apartamento.

—¿Qué haces por aquí?

—Buscando.

—¿Buscando? ¿Qué buscas?

—Libertad.

—Pues ¡pura vida! Has venido al sitio perfecto. Si buscas trabajo además de libertad, dime algo, compadre. Sería bueno compartir batallas detrás de esta barra.

—Eso haré. ¿Tu nombre?

—Orlando. ¿Y el tuyo?

—Álvaro.

Buscar libertad y trabajar. ¿Pero qué clase de sugerencia acababa de escuchar? Opuesto, contraproducente, pero una señal.

Álvaro se imaginó a sí mismo de camarero y rio. Nunca había trabajado en hostelería, la mayoría de jóvenes españoles habían pasado por eso para ganarse la vida en un momento dado, pero el venía de otra línea. Su padre nunca lo hubiera permitido... y en su día él nunca se lo planteó. Entonces fue cuando le entraron ganas de vivirlo. Parecía una decisión sencilla de tomar. Daba igual que todos aquellos que habían trabajado en la hostelería le dijeran lo esclavo que era, lo duro e intenso... Aquella oportunidad era una señal. Como las señales de las que ella hablaba siempre. Que están ahí, marcando paso, pero siempre andamos despistados sin mirar más que a cosas materiales. Y es que vivir en Costa Rica había sido uno de sus sueños en pareja.

Y entonces se acordó más y más. Y estalló la tormenta.

Cuatro años antes...

—... elevamos al poder la insuficiencia y perdemos la conexión con nuestro entorno y nuestra alma. Dejamos los sentidos esfumarse y no somos más que objetos, materiales, copias sin autenticidad... ¡Me enervo con esto, lo sabes! —Dejó pasar diez segundos de silencio—. Cambiando de tema, ¡esta langosta está buenísima! —dijo ella diseccionándola con los dientes.

—Ha sido una argumentación fantástica de la naturaleza humana, aunque la reflexión final me ha desconcertado un poco. La de la langosta digo: personalmente, no tiene tanto sabor como en España. Mi padre dice que el marisco aquí no merece la pena.

—Pues a mí me encanta. —Y sonrió.

Tenía el pelo suelto, oscuro y asalvajado y la brisa marina lo movió en suaves ondas. Sus ojos brillaban tanto esa noche, verdes y solo para Álvaro.

—¡Pura vidaaaaaa! Yo quiero vivir aquí contigo. Y nos vamos a dormir cuando se esconda el sol y nos levantamos cuando salga.

—En una casita de madera junto al río.

—¡Y montamos algo para los turistas! ¡A trabajar para los que traen tanta pasta!

—Pero tiene que ser algo en que no curremos como locos...

—Estoy de acuerdo.

La tormenta empezó a iluminar la playa entera.

—Qué susto. ¿Qué hacemos? Llueve un montón. ¡Qué miedo, tío!

—¡Qué pasada!

Los dos decidieron pedirse otra cerveza y mirar desde la mesa la tormenta más bonita del universo.

Esa noche no había más que hacer, una explosión sensorial en el cielo tico. Al terminar, llegó esa calma bella, y fueron a pasear... pisando esa arena y haciéndola suya.

—Me muero por hacerte el amor ahora mismo.

Miraron a su alrededor, al cielo, al océano... y riendo se lamieron la boca, el cuello y se dejaron ir sin tapujos. Ella siempre tan salvaje, y él siempre tan extrovertido. «Qué más da, no nos conocen, somos invisibles para el mundo, somos eternos en Costa Rica». Así pensaban entonces y así nutrían su amor, dejándose llevar y queriéndose mucho. Esa noche y todo lo que hicieron bajo la luna mora se quedó en el *ranking* del mejor sexo que tuvieron en esos diez años juntos...